A 54 años de la epopeya argentina…

Syder Guiscardo cuenta cómo vencieron a los "Cocodrilos del Nilo" en el Campeonato Mundial

Puntos de interés especial:

- Primeros nadadores en vencer a los temidos nadadores egipcios: "Los cocodrilos del Nilo"
- Campeonato mundial de aguas abiertas 1955
- Festejos que superaron la llegada de Mussolini a la isla de Capri
- Campeonato mundial en manos de dos argentinos: Alfredo Camarero y Syder Guiscardo

Contenido:

Los temidos "Cocodrilos del Nilo"	1
Utopía	2
El viaje y las vivencias	3
Nuestras expectativas	6
Arriban los Egipcios	6
Analizando a los Cocodrilos del Nilo	7
Siguiendo brazadas egipcias	8
La conmoción popular	9
Plan de carrera	9
La competencia	10
Llegada	11
Festejo de lujo	13
Premiación	14
Retorno a Capri	14

HÉROES DEL DEPORTE — **De Colección**

Syder Guiscardo, en el marco del Homenaje a Alfredo Camarero, devela el "off the record" del campeonato mundial 1955 en primera persona. Camarero y Guiscardo se llevarían los títulos de Campeón y Sub-Campeón Mundial de Aguas Abiertas, destronando a los legendarios nadadores egipcios, los "Cocodrilos del Nilo".

Eran considerados los mejores nadadores del mundo. Conquistaban los primeros puestos en todas las competencias internacionales del calendario de natación profesional como Capri-Nápoles (Italia), Canal de la Mancha (Inglaterra), Lago Ontario (Canadá), Lago San Juan (Canadá), Lago Michigan (EE.UU.) y Maratón del Nilo (Egipto), entre otras, por lo que, precisamente, en razón de la ultima nombrada, estos inigualables nadadores fueron apodados "Los Cocodrilos del Nilo", denominación con trascendencia universal, que subsiste con el paso de los años.

Abrazo entre Alfredo Camarero (izquierda) y Syder Guiscardo (derecha), tras el triunfo en el campeonato mundial en el que se llevarían el primer y segundo puesto (Italia, 1955) destronando a los legendarios "Cocodrilos del Nilo".

Mientras los nombrados, verdaderos embajadores del país que representaban - viajaban en grupo de 15 a 20 personas que incluían kinesiólogos, masajistas, entrenadores, y hasta adjuntaban sus comidas típicas (ya les contaré la descompostura que sufrí por probar una de ellas) - subvencionados totalmente por el gobierno de Nasser - recorrían el mundo sumando trofeos y asombrando, inclusive, a practicantes y simpatizantes de otros deportes, dos nadadores argentinos que habían ganado campeonatos locales en distancias de fondo en pileta (400, 800 y 1500 mts.) decidieron - sin ponerse de acuerdo de antemano y por esas cosas del destino - volcarse a competir en pruebas de larga distancia en Argentina, que en esa época se realizaban en el Río de la Plata, siempre en el plano amateur y auspiciadas por la Asociación Argentina del Río de La Plata. Eran cinco y por puntaje: Dique Luján Tigre (13 Km.), Tigre Olivos (16 Km.), Olivos Balneario Municipal (18 Km.), Tigre Balneario Municipal (34 Km.) y Dique Luján Puerto Nuevo (43 Km.)
Alfredo Camarero, mi querido y entrañable amigo de toda la vida, excepcional nadador, fue Campeón en los años 1952 y 1953 y yo, superando todos los récords existentes, en 1954.

Utopía

En los primeros meses del año 1955 nos enteramos con Alfredo que ese año, el 31 de julio, tendría lugar la famosa maratón Capri Nápoles, dónde se pondría en juego el Campeonato Mundial de Natación Profesional.

Conversamos sobre la remota posibilidad de animarnos a la deslumbrante empresa y participar en la magna competencia. No era nada fácil. La organización solamente brindaba una semana de estadía anterior a la prueba. Para tener alguna chance de, al menos, terminar la carrera, debíamos estar por lo menos un mes antes en Capri, ya que solamente con el tema del entrenamiento, ambos habíamos dejado de nadar en el río en Marzo, y llevábamos tres meses haciéndolo solo en pileta, lo que disminuía nuestra condición física por el reducido escenario (ninguna superaba los 25 mts.) y la cantidad de gente que acudía a las mismas. Además, y tanto o más importante que lo anterior, ambos teníamos que suspender el curso normal de nuestras vidas.

A las respectivas ocupaciones laborales (yo trabajaba en el Correo de La Plata, dónde residía), y abandono parcial de mis estudios de abogacía que finalizara al año siguiente se agregaba el fundamental y determinante: conseguir el dinero suficiente para pasajes y gastos. Pero vale destacar ya una situación personal que me toca particularmente y tuvo decisiva importancia en la concreción de mi viaje. Mi padre había nacido en Capri y emigrado a nuestro país hacía 50 años (contaba con 14 solamente), junto a otros muchachos de la Isla, quiénes, instalados en la ciudad de Balcarce (donde yo nací), se convirtieron prácticamente en los forjadores de la producción y comercialización de la papa. Mientras tanto, aún residían en la misma casa paterna su hermano menor Salvatore junto a su esposa Nella y el hijo de ambos, Rodolfo, de 14 años, quienes, enterados de la posibilidad de mi viaje, ofrecieron a mi padre su casa, su atención y su cariño para albergarme el tiempo que yo dispusiera.- Quedaba, pues, en mi caso, conseguir el pasaje.

Y bien, demás está expresar la permanente comunicación que manteníamos con Alfredo, cada cual independientemente realizando gestiones y ofreciendo nuestros antecedentes para lograr alguna representación deportiva o comercial a fin de reunir los fondos necesarios aplicables esencialmente, como dijera, a los pasajes en avión.

Syder Guiscardo (a la derecha) en la entrada a la Gruta Azul en Capri, Italia (1955) junto con sus amigos Miguel Maciel (izquierda) y Alfredo Camarero (Centro).

La tarea aparecía como imposible, desde que en esa época el deporte de la natación profesional en nuestro país era prácticamente desconocido, a pesar de lo cual la emoción y el entusiasmo nos iba invadiendo progresivamente.

"En los primeros meses del año 1955 nos enteramos con Alfredo que ese año, el 31 de julio, tendría lugar la famosa maratón Capri Nápoles, dónde se pondría en juego el Campeonato Mundial de Natación Profesional. La tarea aparecía como imposible."

El Viaje y las Vivencias

Pasaban las semanas y los meses, hasta que en los primeros días de junio Alfredo me dio la magnifica buena noticia de que había conseguido los pasajes para él y su entrenador y compañero, Miguel Maciel, asimismo entrañable amigo mío, y que en pocos días partirían para Capri.

Aún a tantos años de esa noticia, y reviviéndola en esta narración, siento un cosquilleo en la sangre que circula en mis venas, y me cuesta explicar las sensaciones que me invadían, feliz por un lado de que mis amigos comenzaran a intentar la utopía, triste y desconsolado por las ilusiones truncas que en ese momento invadían mi corazón.

No obstante ello, continué con ahínco mis gestiones y cuando ya comenzaba el mes de julio, el de la carrera, abrumado por la pena, rechazado en todas partes y totalmente desesperanzado, apareció mi padre sin aviso previo recién llegado de Balcarce, produciéndose el siguiente diálogo:

-Consiguió algo, hijo?
-No, papá.
-¿Cuánto necesita para viajar?
-Y, papá, al menos el pasaje de ida a Roma. Después volveré como pueda, en algún barco carguero.

Nos dirigimos inmediatamente a Aerolíneas Argentinas.
Mi padre compró el pasaje allí mismo, y me lo entregó diciéndome:
-Vaya, hijo. Mi hermano lo espera. Y represente dignamente a su país, qué a mi me ha cobijado y ayudado a formar la hermosa familia que tenemos.

Y así fue como el 5 de julio de 1955, luego de las inenarrables sensaciones de emoción y felicidad qué sentí al ver cómo se empezaba a concretar mi hermoso sueño, a lo que se sumaron las profundas deparadas por el viaje en avión a Roma y el tren a Nápoles (como yo repito siempre, en esa época viajaban los ministros plenipotenciarios, los cardenales, los presidentes y los millonarios), ya instalado en el "vaporetto" que unía Nápoles con Capri y a medida que se agrandaba la esbelta figura de la maravillosa isla, subo a curiosear la primera clase y en la proa, tomado del mástil y mirando al horizonte, con un pantalón de poplín y una camisa de seda de color natural, cabellos al viento (lo estoy viendo ahora)...si...no lo puedo creer...era Migueli-to Maciel.

Claro que es difícil expresar los diferentes planos emotivos y sus distintas dimensiones, máxime cuando todas se acumulan casi al unísono. Porque Camarero y Maciel vivían con sus padres y restantes familiares, completado por sus amigos y conocidos, con el respaldo diario que ello significa y dentro del magnífico entorno que les brindaba el club Gimnasia Esgrima de Buenos Aires, quizá el más grande e importante de Sudamérica, del que ellos eran socios y representaban. Yo era un lobo solitario prácticamente desde los 13 años, cursando primero el bachillerato en un colegio de curas internado como pupilo, luego trabajando en el Correo y estudiando en la Universidad de La Plata viviendo solo con otros muchachos en una casa alquilada hasta recibirme de abogado. Tres veces por semana me trasladaba en tren a Bs. As. para realizar los entrenamientos en el Club Comunicaciones y lo propio hacía para intervenir en los Campeonatos Argentinos y en las referidas competencias de largo aliento del Río de la Plata, por las que debía levantarme a las 5 de la mañana y, casi sin comer nada, llegar a las 8, hora de largada, siempre absolutamente solo, desde que mis padres residían en Balcarce y mis hermanos tenían sus vidas propias con sus ocupaciones personales, todos lejanos de mis actividades.

-Consiguió algo, hijo?
-No, papá.
-¿Cuánto necesita para viajar?
-Y, papá, al menos el pasaje de ida a Roma. Después volveré como pueda, en algún barco carguero.

El Viaje y las Vivencias (Cont.)

Por eso, como expresara, después de la travesía, los aeropuertos, la gente distinta hablando idiomas desconocidos, sus vestimentas extrañas, los arribos a Roma y a Nápoles, la compra de los pasajes pertinentes y acceso a los respectivos medios de transporte con los problemas propios del desconocimiento del idioma, al encontrar a Maciel se me caían las lágrimas porque me sentí protegido, amparado, acompañado, aliviado en responsabilidades y con la tranquilidad de tenerlo al lado para enfrentar el difícil trance de encontrarme con mi tío desconocido, que hablaba otro idioma y con el que temía no poder comunicarme.

Pero todo fue mucho más fácil que lo previsto. Salvatore un hombre delicado, fino, cariñoso con el que me entendí a la perfección desde el primer momento y que con su magnífica esposa me atendieron como a un hijo y Rodolfo, un muchachito macanudo que algunas veces me acompañaba a los entrenamientos y charlábamos mucho, ambos tratando de aprender nuestros respectivos idiomas.

Pues bien, mí encuentro con Camarero fue tan emotivo como el de Maciel, confundiéndonos en un abrazo interminable.

Ellos estaban instalados en un Hotel sobre el balneario más importante de Capri, desde donde salíamos a entrenarnos todos los días. Mis tíos vivían en la parte alta de la Isla, llamada Anacapri y ese maravilloso e imponente camino de cornisa que serpenteaba recorriendo la ladera de la montaña ofreciendo un paisaje imposible de describir, era transitado por pequeños colectivos manejados por eximios conductores a cuyos malabarismos (camino estrechísimo en muchos de cuyos tramos no podían cruzarse, debiendo aguardar en uno de los pequeños descansos de la ruta, a que pasase el que venía de frente) me fui acostumbrando a medida que transcurrían los días. Porque en ellos me trasladaba diariamente dos veces para cumplir nuestra doble rutina de entrenamiento.

Los pequeños furgones de transporte tenían una parada a dos cuadras de la casa de mis tíos y finalizaban su recorrido en el Balneario donde estaban Alfredo y Miguel. Nunca pude entender el significado correcto del "adesso" que me expresaban los caprenses cuando les preguntaba por el próximo bus, ya que, lo mismo podía ser que recién había pasado o que estaba por pasar. Fue una anécdota muy simple que siempre comentábamos risueñamente con los muchachos y ayudaba, como tantas otras, a hacer más placentero el intenso y riguroso entrenamiento que nos propusimos seriamente en pos de la mejor culminación de nuestra loca aventura.

Y precisamente durante esos cuatro viajes diarios gozando a pleno de las bellezas paradisíacas que ofrece esa isla encantada, pensaba que mis esfuerzos y sacrificios para poder estudiar, trabajar (solventé personalmente mis estudios universitarios) y nadar entre los mejores, no habían sido vanos. La recompensa ya era suficientemente generosa: estaba entrenándome para competir en la maratón más famosa del mundo, frente a los mejores nadadores del universo y en el lugar donde había nacido mi padre.

"Estaba entrenándome para competir en la maratón más famosa del mundo, frente a los mejores nadadores del universo y en el lugar donde había nacido mi padre."

El Entrenamiento

El propietario del nombrado Balneario, vecino al puerto de Capri, era el señor Danilo Rocchi y destaco "señor" con todas las letras, hombre serio y circunspecto, de aspecto sobrio y pocas palabras, que sin dejar de lado su personalidad nos brindó un especial afecto, ofreciéndonos amplia y desinteresadamente las instalaciones del complejo para que pidiéramos utilizarlas sin restricciones, consiguiéndonos, además, un bote con el que Maciel nos acompañaba en los entrenamientos. A medida que pasaban los días, Danilo, sus hijos Ricardo (de 11 años), Adele (de 9 años) y Giancarlo (de 5 ó 6 años), sus sobrinos Enrico y Augusto Dilosa (de 11 y 10 años respectivamente) - tanto ella como ellos actualmente casados con hijos y hasta nietos - y hasta sus empleados, nos alentaban permanentemente. Claro que lo hacían piadosamente al vernos trabajar con tanta dedicación y durante tantas horas, pensando íntimamente que nuestras posibilidades de figurar eran nulas, habida cuenta de la ignorancia de nuestros antecedentes (para ellos éramos dos muchachos improvisados que nadábamos bien) y la aureola con que venían precedidos los campeonísimos Cocodrilos del Nilo, por otra parte conocidos por ellos al haber sido vencedores de ediciones anteriores de la maratón.

Nuestro entrenamiento comenzaba siempre desde el balneario de Danilo y el trayecto generalmente se extendía hasta la Gruta Azul, bordeando la isla, lugar por donde navegaban los botes que conducían pequeños grupos de turistas, remados por viejos caprenses, que también nos saludaban y alentaban cuando nos cruzábamos, sin pensar en el resultado de la competencia y, antes más bien, familiarizados por los permanentes y reiterados encuentros sobre el agua.

Aunque muy breve por la grandiosidad del espectáculo, sola y simplemente he de decir que la Gruta Azul es una caverna de características especiales y únicas a la que se penetra por un pequeño boquete o abertura que se abre en el escarpado de la roca sobre el nivel del mar, presentando un aspecto realmente impactante, desde que los destellos celestes y azulados que matizan su interior provienen de la luz exterior que refleja y emana el fondo del agua.

Cada dos o tres días hacíamos la mitad de la circunferencia hasta la parte posterior de la isla, finalizando en Marina Pícola, un balneario mucho más selectivo con paradores y restaurantes de primer nivel internacional.

Y una vez por semana completábamos la vuelta completa, trayecto que nos insumía entre 5 y 6 horas.

Quiero poner de resalto en este relato un aspecto fundamental de nuestra preparación, en homenaje a mi querido amigo Camarero, con quien sigo manteniendo una estrecha y verdadera amistad, aun cuando últimamente nos vemos espaciadamente, máxime cuando el sigue viviendo en Bs. As. y yo lo hago en Mar del Plata, hace algunos cuantos años. En Capri fue la primera vez que nos entrenamos juntos, habiendo sido rivales toda la vida. Desde el primer día que salimos a nadar, conviniendo de antemano el tiempo a cumplir, pocos minutos después de partir, imprevistamente, iniciaba una levantada pronunciada incrementando el ritmo de brazadas, obligándome a seguirlo hasta que se le ocurría bajar la intensidad y continuar nadando normalmente, modalidad que repetía permanentemente hasta cumplir el horario prefijado. No puedo olvidarme nunca cómo me hacía sufrir en los piques mientras yo pensaba y me preguntaba: cuándo se le ocurrirá a este tipo bajar la velocidad y dejarme descansar. Pues bien: Alfredo, seguramente sin saber la dimensión de lo que hacía, estaba inventando el moderno sistema de entrenamiento llamado de repeticiones que hasta hoy, 50 años después, con algunas variantes, se sigue utilizando en la preparación de nadadores.

"Alfredo, seguramente sin saber la dimensión de lo que hacía, estaba inventando el moderno sistema de entrenamiento"

Nuestras Expectativas

Ya asentados en la rutina, bien cuidados y amparados por esa magnífica gente que nos brindaba compañía y afecto adosando, en mi caso, el que recibía de mi familia, transcurridos unos días comenzamos a hablar de la competencia, de los rivales y de las posibilidades que nos asistían. Ello normalmente cuando finalizábamos el entrenamiento a la tarde y en el propio balneario o en el hotel de los muchachos, hasta que yo tomaba el último colectivo para Anacapri.

Claro que se trataban de interrogantes sin respuesta adecuada. Sólo algunas presunciones y opiniones sin mayores fundamentos. Esencialmente: ¿Cómo nadarán estos fenómenos. ¿En qué reside su fama? ¿Serán veloces, serán lentos? ¿Qué clase de carrera les podemos plantear? Tendrán resistencia? ¿A quién debemos seguir en la largada para controlar que no se nos escapen? ¿Qué ruta tomaremos nosotros y cuál ellos? ¿Quién será el mejor o el más peligroso? ¿Por qué no sobresalieron en distancias olímpicas de pileta y si lo hicieron en larga distancia? ¿Habrán sido campeones en su país y nosotros ignoramos por falta de publicidad?

Pasaban los días y las preguntas se hacían más ansiosas e incoordinadas.

Pasábamos de la resignación: Bueno, lo importante es llegar aunque sea en los últimos puestos, ya que con eso debemos estar felices… a la animación y euforia: ¿Y si les ganamos? porque nosotros sí sabemos que nadamos bien y vamos a llegar con un buen estado físico merced al entrenamiento que estamos haciendo.

Demás está expresar que a medida que se acercaba la fecha de la competencia nuestras sensaciones aumentaban en intensidad y emotividad, sobre todo porque según nos decían, los egipcios llegaban a Nápoles unos diez días antes de la competencia, se entrenaban en la bahía de dicha ciudad y arribaban a Capri casi una semana previa a la carrera, concentrándose en el balneario de Danilo para realizar sus practicas.

Entonces la consigna era nadar con más fuerza, entrenarnos más vigorosamente y esperar a que los cocodrilos llegaran a Capri para tantearlos y seguirlos en algún entrenamiento, mirar sus estilos, comprobar su velocidad haciéndoles piques cortos y observarlos atentamente en todos sus movimientos.

Arriban los Egipcios

Por fin llegó la gran noticia. Titulares de los mejores diarios de Nápoles (también algunos de Roma):

”HAN ARRIBADO LOS EGIPCIOS A NAPOLES“ - ”LOS MEJORES NADADORES DEL MUNDO EN NAPOLES” - “LOS COCODRILOS DEL NILO SE ALOJAN EN EL HOTEL MIRAMAR” - “LOS EGIPCIOS SE ENTRENAN EN LA BAHIA DE NAPOLES”, etc., y a medida que transcurrían los días : “LOS NADADORES EGIPCIOS SE LEVANTAN A LAS SIETE DE LA MAÑANA, DESAYUNAN A LAS OCHO, PRACTICAN DE NUEVE A DOCE…” ETC. ETC.-

Les diré que a partir de ese acontecimiento, los caprenses nos miraban con tristeza. Y hasta parecía que el aliento que nos dispensaban había perdido convicción.

De cualquier manera nosotros continuábamos nuestra preparación sin prisa pero sin pausa, brindándonos al esfuerzo con el ánimo y la garra que nos dispensábamos mutuamente.

“Pasábamos de la resignación: Bueno, lo importante es llegar… a la animación y euforia: ¿Y si les ganamos?”

Analizando a los "Cocodrilos del Nilo"

Pero la convulsión final pre-competencia explotó con la mayor violencia cuando estos excepcionales nadadores llegaron a Capri. Los diarios de toda Italia se hicieron eco del arribo de la delegación egipcia. Eco que no cesó hasta el mismo día de la carrera, puntualizando todas las alternativas del movimiento de los deportistas en titulares más impactantes aún que los mencionados anteriormente. Demás está decir que nuestro predicamento descendió notablemente hasta el punto en que, salvo Danilo y su familia y algún amigo, que nos seguían alentando (aunque más livianamente, por cierto), el resto de la gente nos ignoraba olímpicamente.

Es que habían llegado los monstruos sagrados. Los campeones indiscutidos. Los invencibles. Los ganadores de todas las maratones de largo aliento del mundo.

Nosotros tratamos de que la impresionante publicidad no nos amedrentara. Más unidos que nunca nos alentábamos permanentemente y cuando flaqueaba el ánimo de uno estaban siempre los otros dos para levantarlo inmediatamente. No podíamos darnos el lujo de quebrarnos después de tanto esfuerzo y sacrificio. Últimamente - como me había enseñado mi entrenador en pileta cuando aparecía un rival importante e impensado poco antes de una competencia - nosotros teníamos dos brazos y dos piernas igual que ellos.

De manera que la noche del día que llegaron los egipcios a Capri, nos pusimos de acuerdo en encontrarnos temprano en el balneario para esperarlos y lanzarnos al agua junto a ellos a fin de analizarlos detalladamente, apreciar sus estilos y desplazamientos – con Alfredo desde el agua y Miguel del bote – y tratar de acompañar a los mejores haciéndoles alguna levantada imprevista "made in Camarero" para comprobar sus reacciones.

Y aquí necesito puntualizar uno de los acontecimientos más impresionantes de esta historia. Cuando al otro día nos encontrábamos sentados en una mesa ubicada en un rincón - para apreciar mejor la llegada de los desconocidos atletas - poco concurrido aún por la temprana hora de la mañana, comenzamos a escuchar un tumulto que iba creciendo paulatinamente en intensidad, integrado por gritos, bocinas de autos, carreras y corridas de gente alborotada, que explotó prácticamente en la entrada del balneario cuando comenzaron a aparecer unos morochos enormes y musculosos precedidos por otros tantos de más edad y presuntamente comandados por un alto y obeso personaje que resultó ser el jefe de la delegación.

Eran más de quince personas seguidas por hombres, mujeres y niños que los tocaban, pedían autógrafos y solicitaban sacarse fotos con ellos. El gordo manejaba la situación, los presuntos entrenadores y directores técnicos arengaban a los nadadores. Todos iban y venían hablando fuerte su idioma incomprensible. El bullicio era ensordecedor.

Mientras tanto nosotros, escondidos en el vértice del balneario, obnubilados ante tamaña demostración, parecíamos tres pajaritos mojados por la lluvia cobijados bajo la rama de un árbol.

El transitorio ofuscamiento fue fugaz. Estábamos preparados para cualquier adversidad y plenamente motivados para enfrentarlos. Nos calzamos inmediatamente las mallas y encaramos hacia la pequeña playa a esperarlos tal cual habíamos convenido.

"Nosotros tratamos de que la impresionante publicidad no nos amedrentara. … nosotros teníamos dos brazos y dos piernas igual que ellos."

Siguiendo brazadas egipcias

Pero ¿qué pasó entonces? Los entrenadores habían alquilado embarcaciones a motor donde se subían los nadadores y se trasladaban mar adentro para entrenarse sin que nadie los viera. Ellos con lanchas veloces y nosotros con un bote rotoso y pesado que solamente Maciel con sus fuertes brazos podía lentamente manejar.

Luego tomamos conocimiento fehaciente de que, como expresara antes, esa delegación de deportistas era total y absolutamente subvencionada por el Estado Egipcio, razón por la cual no tenían ningún inconveniente en alquilar cuantas lanchas necesitaran, a pesar de que costaban precios exorbitantes y muy lejos de nuestras posibilidades, con presupuestos necesaria y absolutamente ajustados.

Mas he aquí que para llegar a los motorizados botes, los egipcios debían nadar unos metros desde la playa y es ahí cuando nosotros nos metíamos entre ellos mirándolos con las antiparras debajo del agua para apreciar sus deslizamientos, mientras Maciel hacia lo propio desde el bote. Siempre con las reservas del caso (poca observación y conclusiones precarias).

Ya después del primer día las conversaciones entre nosotros se hicieron más reales y empezamos a tomar confianza en las apreciaciones porque aunque en pequeñísimos trechos y sabiendo que nos mentían disfrazando los estilos, inclusive nadando un poco espalda y pecho, concluíamos que podíamos hacerles frente con cierta paridad, ya que a pesar de haber podido comprobar que su técnica no era muy depurada, la potencia y resistencia de ellos, seguramente su fuerte, podía prevalecer sobre nuestras otras condiciones de buen nadar, sobre todo en una competencia de nueve o diez horas, donde se hace imposible prever un resultado aproximado.-
El panorama no cambió en los siguientes días, salvo la presión cada vez más intensa que el peso de la responsabilidad nos infligía ante la proximidad del gran desafío.

Porque ya no era solo hacernos cargo de la representación de nuestras respectivas familias y hasta la excelsa de hacerlo por nuestro querido país. El tema se había convertido en un desafío personal e intransferible que nos tocaba íntimamente a nosotros mismos.

Mas hubo un detalle significativo que, sin disminuir la tensión que permanentemente nos embargaba, influyó favorablemente en nuestros ánimos y es que en los últimos días previos a la competencia, seguramente por haber tomado conocimiento de nuestros entrenamientos anteriores a su llegada (que eran dilatados y exhaustivos) y/o por advertir nuestra manera de nadar, poco a poco se fue transfiriendo el estudio y observación de los contrincantes y eran los egipcios y sus entrenadores quienes nos miraban a nosotros con mucha atención. Y el hecho fue sorpresivo y reconfortante. La delegación deportiva más importante del mundo, que al arribar a Capri nos ignoró olímpicamente, se estaba preocupando por estos dos ignotos nadadores de un país lejano y prácticamente desconocido para ellos.

Pero la escenografía y la actuación total era monopolizada por estos muchachos que sobresalían por su color y sus musculosos y trabajados cuerpos, a lo que agregaban una simpatía y gentileza destacable, firmando autógrafos y sacándose fotos con todo el que se lo solicitara, tanto hombres como mujeres y hasta familias enteras, que los seguían a todas partes donde se trasladaran y acosaban las puertas del hotel donde se alojaban (que, por supuesto, era de primera categoría).

La delegación deportiva más importante del mundo, que al arribar a Capri nos ignoró olímpicamente, se estaba preocupando por estos dos ignotos nadadores de un país lejano y prácticamente desconocido para ellos.

La conmoción popular

...Y la conmoción popular se hacía más estruendosa porque siempre circulaban en grupo con sus entrenadores e integrantes del cuerpo técnico.

Además, tenían suma facilidad para comunicarse con la gente (Capri vivía su época de oro y por sus plazas lujosas y callecitas floridas se mezclaban permanentemente gentes tanto de los más conocidos como de los más ignotos países, hablando sus respectivos idiomas), ya que por sus continuos viajes por el mundo además del suyo también se expresaban con bastante conocimiento en Inglés, Francés e Italiano, que mezclaban con gracia, haciéndose más agradables y atractivos. Tenían un envidiable don de gentes. Eran realmente embajadores calificados del país que representaban.

En esos postreros días también ellos se acercaron a nosotros y trabamos una relación superficial pero agradable, hasta el punto de que un día nos invitaron a almorzar en el restaurant del balneario, ofreciéndonos algunas de sus comidas típicas. Fue ahí donde, como anunciaba al principio, me ofrecieron un queso blanco similar a la ricota y de tentador aspecto, que comí poniendo buen gesto pero sufriendo un ardor que me duró dos días y sofoqué a fuerza de crema, leche y cuantos lácteos había en existencia.

Nuestro estado emocional crecía en intensidad. Faltaban cuatro, faltaban tres, faltaban dos días para que se realizara el acontecimiento deportivo más importante de nuestras vidas.

Tratábamos de estar más juntos y unidos. Conversábamos y medíamos nuestras posibilidades. Ya no era cuestión de llegar, solamente. Sabíamos que estábamos en la pelea.

Plan de Carrera

Después de cambiar ideas y razonamientos, optamos por hacer nuestra carrera e ir juntos el mayor tiempo posible sin reparar en los rivales. Maciel, por supuesto, iría en el bote que acompañaba a Camarero y yo conseguí un Italiano que hablaba bien español (había estado en Argentina un tiempo), que iría en el mío.

El tema principal era el viento llamado "maestrale", que soplaba todas las tardes del lado del Vesubio, pero cuya velocidad era impredecible aún para los más conocedores. De manera que se trataba de una cuestión de pálpito mas que de cualquier otra supuestamente fundada decisión. El que estimaba que iba a soplar con cierta violencia (cuando lo hacía el mar se encrespaba y las condiciones para nadar y navegar eran preocupantes), debía salir apuntando al volcán. Los que creían lo contrario (viento escaso o nulo) enfilaban hacia Nápoles. Nosotros decidimos tomar la ruta directa.

Faltaban dos días. Decidimos nadar poco y suave para desentumecernos y elongar los músculos, haciendo una sola sesión. Pero ya dejamos de hablar de la carrera y nos dedicamos a pasear por la plaza de Capri y sus hermosas callejuelas convergentes, cosa que realizábamos cada dos o tres días para distraernos observando la gente de tantas nacionalidades diferentes, muchas con sus vestimentas típicas, ofreciendo un panorama para nosotros realmente desconocido.

Pero lo más impactante de esos paseos era el encuentro con personalidades de todo el mundo.

"Faltaban dos días. Decidimos nadar poco y suave para desentumecernos y elongar los músculos, haciendo una sola sesión."

Capri es un promontorio calcáreo escarpado de diez kilómetros cuadrados de superficie que se yergue solo e imponente en pleno mar Mediterráneo, frente a la península sorrentina y a 35 Km. de la bahía de Nápoles.

Sus características particulares la convierten en un lugar codiciado y distinto, siempre conservando una identidad especial por su belleza y distinción, que aún hoy mantiene contra la invasión de turismo masivo que arrasó con otros sitios importantes del mundo.

Con mucha más razón en aquella época, donde en su puerto o sus cercanías anclaban los barcos y veleros particulares más grandes y sofisticados de la tierra (verbigracia el "Cristina" de Aristóteles Onasis que tuvimos la feliz y única oportunidad de apreciar) y en sus caracterizados hoteles, se alojaban personajes destacados del mundo de las finanzas, de la política, de la literatura, de la moda, del espectáculo y, en general, gran parte del "jet set" internacional. Por eso, la plaza de Capri ,la "piazzetta", una pequeña planicie empedrada circundada por confiterías y restaurantes de primerísimo nivel, fue – y es – llamada "El Salón del Mundo".

En nuestros descansos, allí pudimos conocer a Burt Lancaster, Michelle Morgan, Zsa Zsa Gabor y otras estrellas que no recuerdo, con quienes hasta cambiamos algunas palabras, especialmente Camarero quien, poseedor de una particular simpatía a la que adosaba un especial descaro, sin saber idiomas, conversaba con naturalidad con cualquier extranjero, lo que nos provocaba mucha gracia.

Porque aparte de las bellezas naturales de la fascinante isla -donde en sofisticadas "boutiques" se ofrecen prendas y mercadería de las mejores marcas - en la propia "piazzeta" repleta de gente distinguida y personalidades como las nombradas, podía pasar -como lo hemos visto y no podíamos creer- un caprense mal vestido y con la musculosa sucia y rota llevando de la rienda a una vaca para ordeñar.

Hecha esta breve digresión, llegamos al día anterior de la competencia. Conforme lo habíamos decidido, ese día quedamos en no encontrarnos, para hacerlo al siguiente en la largada.

Yo me quedé en Anacapri paseando solo y con mis familiares. Camarero se fue también solo a otro hotel ubicado en la montaña para alejarse de su entorno y evitar toda relación con la maratón a fin de descargar tensiones. Lo gracioso fue que luego de tomar la habitación y al salir a dar un paseo por los alrededores, un jovencito lo paró para preguntarle: "E … Camarero, ¿cuándo es la carrera?... ¿Es de Capri a Nápoles o de Nápoles a Capri?"

LA COMPETENCIA

Y bien, llegó el día ansiado.
A las siete de la mañana nos encontramos alineados para la partida todos los nadadores, revisando nuestras antiparras y haciendo algunos ejercicios de estiramiento.

Había 6 o 7 egipcios, y otros de distintos países que sumaríamos unos veinte. Los botes con sus remeros y entrenadores nos esperaban a unos metros de distancia, ya enfilados hacia Nápoles. Sonó el estampido del disparo y allí fuimos con Alfredo entre egipcios, americanos, franceses, griegos, españoles y portugueses.

A los pocos minutos y una vez que el pelotón comenzó a disgregarse, nos acercamos a nuestros respectivos botes y nos lanzamos hacia la meta.

Escasas horas después nos comunicaron que punteábamos la competencia. Allí Camarero produjo una levantada que no pude sostener, un poco porque me era costoso hacerlo y otro por temor a disminuir energías que quizá necesitara mas adelante.

"Camarero, poseedor de una particular simpatía a la que adosaba un especial descaro, sin saber idiomas, conversaba con naturalidad con cualquier extranjero, lo que nos provocaba mucha gracia."

Cada tanto mi entrenador me anotaba en la pizarra que iba segundo, aunque no con mucha seguridad porque miraba constantemente a ambos lados con los prismáticos la posición de los otros y eso me inquietaba.

Pero había una única solución a la incógnita: nadar fuerte y rápido. Vencer el cansancio. Superar esos "puntos muertos" que sufren todos los deportistas cuando llevan cumplidos las tres cuartas partes del recorrido, y que en las maratones de largo aliento, aparecen varias veces. Momentos sumamente críticos en que flaquean las fuerzas, decae el ánimo, se pierden motivaciones y hasta se cruzan ideas negativas con deseos de abandonar. Es allí donde juega papel preponderante la mentalidad de cada uno. Los débiles se entregan sin luchar. Los fuertes superan el trance. Se genera una especie de auto hipnotismo donde el temple y la valentía triunfan sobre la desesperanza. Hasta que aparecen nuevamente las fuerzas que se creían perdidas y se continúa en la lucha.

LLEGADA

Faltando una hora ya estaba definida la competencia. Luego de nosotros y bastante rezagado me anunciaban que estaba el primer egipcio. Personalmente fue una inyección de felicidad y optimismo. Aceleré aún más el ritmo de brazadas y casi sin pensar arribé a la llegada, clasificado Subcampeón Mundial de Natación Profesional.

El enorme obeso director de la delegación egipcia me tendió la mano para ayudarme a salir del agua felicitándome. Todo un caballero. Allí estaban mis tíos y primo sorprendidos y felices por mi actuación, quienes me brindaron sus caricias y afectos profundamente emocionados. Yo vivía un sueño del que me costaba reaccionar. No entendía mucho qué hacía en la explanada de un lujoso y desconocido establecimiento, cuál era el motivo por el que el jefe de la delegación de los egipcios había procedido de esa manera, mi familia rodeándome alborozada y una multitud de gente aplaudiendo y que se acercaba eufórica brindándome sus alabanzas.

Apenas reaccioné un tanto cuando me llevaron al interior del establecimiento y vi a Camarero sentado en un sillón descansando a quien, mientras nos dábamos el abrazo más grande y sentido del mundo, le pregunté:
-Pero, esto será cierto?
-Claro que sí, me respondió.

Y ahí, viendo a tantos argentinos que, perplejos, se acercaban a saludarnos y felicitarnos, muchos de ellos con lágrimas en los ojos y todos profundamente conmocionados, gritamos repetidamente y con la mayor emoción: Viva Argentina!

Dentro de esa vorágine de gente, gritos, aplausos y gestos conmovedores de todos, ahí estábamos los tres otra vez juntos, abrazados, llorando y gozando de una algarabía inédita que nos seguía costando entender.

Con Camarero nos separaron seis minutos de diferencia. El primer egipcio que llegó tercero, lo hizo 20 minutos detrás mío. Posteriormente el resto. De manera que el triunfo, además de inesperado y sorprendente, tuvo una contundencia aplastante, que aventó cualquier excusa o explicación por parte de los rivales, quienes tuvieron que aceptar la derrota con verdadera resignación.

Cambiaron los papeles. Las felicitaciones, los abrazos, los autógrafos, las fotografías, el total alboroto con cánticos y alabanzas, nos tuvieron como protagonistas exclusivos.

Aceleré aún más el ritmo de brazadas y casi sin pensar arribé a la llegada, clasificado Subcampeón Mundial de Natación Profesional. Yo vivía un sueño del que me costaba reaccionar.

Gente de diferentes países se iba congregando en las amplias explanadas del club y pugnaban por acercarse y contemplar a los nuevos ídolos.

Además, decenas de argentinos se iban congregando a medida que pasaban las horas (residentes del lugar y poblaciones aledañas) y muchísimos turistas, según nos hacían saber cuando podían contactarse con nosotros, ante la noticia del conmovedor suceso escuchado por la radio de sus vehículos, decidieron suspender la dirección del destino de sus viajes para dirigirse a Nápoles y saludar a los "héroes argentinos que habían derrotado contundentemente a los campeones del mundo".

Syder Guiscardo (arriba), Miguel Maciel (centro) y Alfredo Camarero (al pie) en viaje luego del triunfo en Capri-Nápoles, en gira por Europa.

La espectacular noticia cundió masiva y generosamente por cadenas noticiosas internacionales y diarios italianos de la tarde, que en enormes titulares repetidos durante los días posteriores, proponían frases a ocho columnas de las que recuerdo: "Dos desconocidos nadadores argentinos batieron a los hasta ahora considerados los mejores del mundo". "Los campeones del mundo fueron superados contundentemente por dos nadadores argentinos" y hasta jocosamente y el que más me quedó grabado: "Los Argentinos jugaron con las colas de los cocodrilos".

Separados del tumulto para recomponernos un tanto del esfuerzo, mientras seguían arribando participantes rezagados - los últimos lo hicieron casi dos horas después - por fin pudimos encontrarnos los tres otra vez luego de la proeza y en tan distintas condiciones que nos parecía estar soñando. Pocas horas antes, en la partida, estábamos alineados junto a los mejores nadadores del mundo con todas nuestras dudas, una gran humildad, tensión sin límites, enorme responsabilidad. Y ahora, casi sin darnos cuenta, nos habíamos transformado, diría que milagrosamente, en el centro de atención de la natación mundial. Por eso reíamos, llorábamos, nos felicitábamos mutuamente, nos pellizcábamos, no lo podíamos creer… fueron momentos culminantes de felicidad plena, donde comenzaron a aparecer nuestras familias, seres queridos, amigos, conocidos y entorno en general. Y donde también nos atrevimos a adjudicarnos el honor inmenso de haber representado a nuestro país.

Por eso, el postrer llanto de intensa felicidad que brotó de mi interior acompañó al mensaje mental: Gracias, papá. Espero haber cumplido con tu deseo.

"Con Camarero nos separaron seis minutos de diferencia. El primer egipcio que llegó tercero, lo hizo 20 minutos detrás mío."

Festejo de Lujo

La culminación de los supremos momentos que vivíamos se produjo cuando ingresaron al recinto donde reposábamos unos hombres de mediana edad elegantemente vestidos que, previo presentarse como el Cónsul y Vice Cónsul argentino en Nápoles y el Secretario de la Embajada Argentina en Roma - que había partido de esa ciudad inmediatamente de recibir la noticia -en representación del Embajador (obligado a una reunión impostergable) nos saludaron con sentida cordialidad colmándonos de expresiones laudatorias ante la sorprendente conquista e invitándonos a cenar a un lugar que resultó ser la mejor y más afamada y sofisticada "boite" de la ciudad.

Ya en el Hotel Royal de Nápoles – donde nos llevaron para seguir descansando y prepararnos para concurrir a la velada nocturna – siempre sin dejar de pensar y comentar esa especie de sueño real que estábamos viviendo, mientras Alfredo y Miguel se vistieron con traje y corbata, yo lo hice de sport, con pantalón y camisa para estar más cómodo ante el sofocante calor que hacía.

Llegados al local, donde nos esperaban los diplomáticos argentinos, quienes entraron primero para señalarnos el camino, nos encontramos con un establecimiento lujoso y distinguido, donde los hombres llevaban riguroso traje y corbata y las mujeres suntuosos vestidos largos. Totalmente confundido, al propio tiempo que intentaba regresar al hotel a cambiarme y avisaba a los muchachos para que entraran y participaran a los funcionarios del inconveniente, el portero del restaurant, advertido del mal momento producido por mi vestimenta, se adelantó a mi salida y con una cortesía y amabilidad desusada pidió a un dependiente que le acercara un saco y una corbata que hiciera juego con mi pantalón y camisa, me ayudó a completar mi vestimenta y me dijo en un italiano claro y comprensible: "-Adelante, señor. -La casa se siente honrada de recibir a los campeones del mundo. -Que disfrute de la noche". Sinceramente, en ese momento pudo más el señorío, la distinción y calidad de ese hombre que toda la gloria deportiva que me invadía.

El lugar es difícil de describir pero vale la pena decir, al menos, que el piso era de cristal transparente. Que al mirar a través de él se apreciaba el oleaje del mar y que en la decoración interior nacían y se expandían plantas y palmeras que adornaban magistralmente los espacios.

Hubo exquisiteces para saborear, números artísticos de primera categoría y cantantes italianos de moda; todo amenizado por grandes orquestas y dentro de un ambiente maravilloso y sofisticado que enmarcaba brillantemente nuestra particular hazaña deportiva la que, comunicada a los comensales por los conductores del espectáculo, provocó una fuerte conmoción expresada en calurosos aplausos y fervorosas felicitaciones.

Con el Cónsul Argentino en Italia, en una de las recepciones al campeón y subcampeón mundial.

"El piso era de cristal transparente. Que al mirar a través de él se apreciaba el oleaje del mar y que en la decoración interior nacían y se expandían plantas y palmeras que adornaban magistralmente los espacios."

Paseo por las calles de Capri, coronados con las banderas argentinas e italianas.

Premiación

Mesas cubiertas de exquisitos bocadillos, tablas de quesos y fiambres, mariscos frescos y otros manjares dispuestos en un gran salón del club "Círculo de la Prensa" al que arribamos el día anterior, fue el escenario de la fiesta de entrega de premios. Allí concurrieron los diplomáticos nombrados junto a otros funcionarios de la embajada argentina que excusaron nuevamente la presencia del Embajador por compromisos contraídos anteriormente, todas las delegaciones deportivas de los diferentes países intervinientes, diplomáticos egipcios - que nos felicitaron cortésmente - familiares e invitados especiales, entre los que se encontraba nuestro querido Danilo, que haciendo una excepción a su promesa de muchos años, viajó a Nápoles para estar presente en nuestra coronación.

Ya mas tranquilos y descansados, departimos con los funcionarios y las personas que se acercaban a conocernos, mientras ingeríamos las propuestas gastronómicas y libábamos con medido cuidado los magníficos espumantes italianos. Llegada la hora dispuesta, en una ceremonia agradable, donde pronunciaron breves alocuciones el representante de la organización y el Cónsul argentino, se hizo entrega de los premios, que particularmente nosotros recibimos con emoción envueltos en abrazos, besos y loas vertidas por la totalidad de la gente hecho que, por supuesto, seguían viviendo y gozando mis familiares.

RETORNO A CAPRI

Cuando paulatinamente y a medida que pasaban estos dos días iba aminorando la presión e intensidad de la emoción que nos invadía por el sensacional triunfo, aquella comenzó a renacer con otra fuerza distinta pero no menos relevante. Al día siguiente debíamos retornar a Capri. Entonces revivieron las imágenes del balneario, los hijos y sobrinos de Danilo que nos alentaban diaria y permanentemente, los taxistas, los lancheros, los boteros y tantas personas que se habían consubstanciado con nuestra empresa. Porque no éramos los mismos. El calor del aliento que nos prodigaban con cariño más que con convicción, se había convertido ahora en una realidad que seguramente confundía a ellos como nos confundió a nosotros al arribar triunfantes a la meta. Lo comentábamos y realmente sentíamos un escozor particular pensando en el encuentro, pues nuestras personalidades habían cambiado radicalmente. Nosotros, de humildes y novicios nadadores a triunfadores de la maratón internacional y ellos, de brindar piadoso aliento a desconocidos deportistas, ha encontrarse con los nuevos campeones del mundo.

Y llegó el día esperado. Tomamos el barco en el puerto junto a cientos de turistas entre los cuales pasamos desapercibidos y partimos hacia nuestra isla un tanto ansiosos de encontrarnos con esa gente para agradecerles su constante y cariñoso aliento, comentarles la carrera y preparar nuestra partida para el día siguiente.

Cuando el pequeño vapor se iba aproximando al puerto y nos preparábamos para bajar, notamos una extraña multitud que cubría prácticamente toda la extensión del largo muelle donde embarcaban y desembarcaban los barcos de pasajeros, presididos por grupos ataviados con vestimentas típicas e instrumentos musicales y personas que gritaban y cantaban portando carteles con leyendas ininteligibles. Era todo muy extraño. Pero cuando ya estaba atracando en su dique, comenzamos a leer los anuncios: "*Vivan los Campeones del Mundo Alfredo Camarero y Syder Guiscardo.". "Viva Alfredo Camarero Campeón". "Viva Syder Guiscardo el Delfín del Golfo".*

Carteles vitoreando a los campeones por las calles cortadas de Capri, música y cánticos para Syder Guiscardo y Alfredo Camarero.

"Cuando el pequeño vapor se iba aproximando al puerto y nos preparábamos para bajar, notamos una extraña multitud que cubría prácticamente toda la extensión del largo muelle"

Festejos para el Delfín del Golfo, Syder Guiscardo, y Alfredo Camarero, recibidos con todos los laureles en la isla de Capri.

Nos invadió una indescriptible emoción que se prolongó indefinidamente mientras, ya superados por la sorprendente recepción hubimos de entregarnos a la muchedumbre que nos alzó en vilo y nos trasladó en andas hasta el lugar donde se concentraban los taxis, mientras los integrantes de esa especie de murga integrada por músicos que tocaban acordeones, tambores y otros instrumentos de viento brindaban melodías musicales típicas comandando el paso lento de nuestro avance sobre los hombros de personas desconocidas, mientras la gente, entre la que empezamos a divisar amigos y conocidos, apasionada y calurosamente, coreaba a toda voz nuestros nombres y títulos.

Pero la indescriptible recepción recién comenzaba. Al llegar a la plazoleta reservada a los taxímetros – todos abiertos, en fila y sin sus capotas desmontables – nos depositaron en el que precedía la hilera con dos enormes banderas cruzadas sobre el frente, Italiana y Argentina, comenzando una lenta marcha por el camino que nos conducía a la plaza de Capri y seguido por una decena de autos de alquiler cargada con simpatizantes y admiradores, que continuaban con sus cánticos animando el trayecto, interrumpido cuando pasábamos frente a los hoteles del camino, donde nos ofrecían breves y cariñosas recepciones con algún bocado típico de la región y una copa de "espumante".

Arribados a la famosa "piazzetta", aquella de los grandes y famosos personajes, nos subieron a un palco construido al efecto, donde improvisó sentidos y aduladores conceptos el Alcalde de Capri y donde nosotros, ya un tanto "entonados" por los vahos etílicos de los apetitosos vinos, también dirigimos la palabra a la multitud sobre todo agradeciendo el calor y el afecto con que nos habían cobijado los caprenses durante nuestra preparación.

Para no abundar en repeticiones, he de decir que exactamente lo propio ocurrió cuando, de la misma manera, nos trasladaron a Anacapri, donde asimismo habló el jefe de ese Municipio con conceptos similares al anterior y también nosotros expusimos y agradecimos el cariño de la gente.

Pero dentro de tan inusual despliegue e impresionante alborozo que concertó nuestro regreso, hubo un hecho inédito que, sin duda, marcó un hito fundamental en la isla de Capri. Y es que por primera vez en su historia se habilitaron callecitas peatonales para que se deslizara el desfile de los autos que nos transportaban - cosa que no se hizo nunca ni en los fastuosos festejos del santo protector de Capri - mientras que a nuestro paso los habitantes de las casas de dos y tres pisos arrojaban pétalos de rosas y otras flores de las cientos de especies de la isla, que flotaban balanceándose en el aire y se depositaban sobre nuestros cuerpos, produciéndonos una sensación diferente que no podremos olvidar jamás.

Luego nos comentaban los residentes de la isla que el multitudinario agasajo que nos brindaron a nuestra llegada, superó, inclusive, en intensidad, al recibimiento que le prodigaron nada menos que a Benito Mussolini cuando años atrás visitó la isla y aprovecharon para pedirle la construcción del puerto, que luego se concretó.

Mucho llanto invadió nuestras mejillas cuando, al día siguiente, tuvimos que emprender la retirada. En primer lugar por la magnífica y hospitalaria población de la isla que nos brindó su corazón. Particularmente por dejar a mis familiares que me habían tratado con un cariño enternecedor. Y, además, porque en esas aguas cristalinas del Mediterráneo que rodean la maravillosa Isla y frente a la calidez de sus habitantes, habíamos dado nacimiento al triunfo deportivo más importante de nuestras vidas.

Syder Guiscardo

Multitud recibiendo a los campeones en el puerto de Capri.

"En esas aguas cristalinas del Mediterráneo habíamos dado nacimiento al triunfo deportivo más importante de nuestras vidas."

Un festejo impensado para los argentinos. Syder y Alfredo son recibidos con pétalos arrojados desde los balcones por los habitantes de la isla de Capri.

HISTORIAS QUE HACEN HISTORIA

SYDER GUISCARDO

Syder Guiscardo ha sido uno de los representantes argentinos de aguas abiertas de mayor renombre internacional. Entre sus principales logros deportivos se encuentran el sub-campeonato mundial de aguas abiertas 1955 (Capri-Nápoles, Italia), el Cruce del Canal de la Mancha (3°) (Francia-Inglaterra, 1955) y su legendario triunfo en la carrera internacional Miramar-Mar del Plata (1961) entre muchas otros. Syder Guiscardo se ha hecho presente en el Homenaje a Alfredo Camarero, a los 50 años de su cruce del Canal de la Mancha, compartiendo con su colega algunos de las historias más memorables del deporte argentino. Un verdadero lujo. ¡Gracias, Syder!

COMISIÓN ORGANIZADORA HOMENAJE A ALFREDO CAMARERO

Postal del 27 de Agosto de 2009: Abrazo del reencuentro de Syder Guiscardo y Alfredo Camarero en la Cena Homenaje por el 50° Aniversario del Cruce del Canal de la Mancha. Evento que reunió a las más destacadas figuras de la natación argentina. En la mesa de honor, el gran nadador Syder Guiscardo, recibió de pie a Alfredo Camarero. Un abrazo histórico de dos grandes de la natación argentina y mundial de aguas abiertas.

Postales de Syder Guiscardo

Plaqueta que recuerda el famoso triunfo de Syder Guiscardo en una de las pruebas más duras duras de aguas abiertas como lo fue la carrera "Miramar-Mar del Plata" (1961)

A metros de la Gruta Azul, Syder Guiscardo, Miguel Maciel y Alfredo Camarero. El campeonato mundial que quedó para la historia. "Capri-Nápoles" (1955)

Syder Guiscardo, Miguel Maciel y Alfredo Camarero, en viaje de regreso de Capri, con trofeos en mano, rumbo a gira europea.

SITIOS DE INTERÉS:
Sitio Homenaje Alfredo Camarero
Sitio Oficial de Alfredo Camarero
Sitio del International Swimming Hall of Fame

Leyendas & Héroes del Deporte
Comisión Organizadora